

“...la lectura se convierte en la piedra de toque de la democratización de la enseñanza, cuestión que se confunde poco a poco con la democratización de la cultura.”
Anne- Marie Chartier y Jean Hébrard

Esta frase que podemos encontrar en el libro *Discursos sobre la lectura*¹ nos pone –de un modo breve y contundente– frente al gran problema que nos ocupa: la lectura es la herramienta que permite acceder a la enseñanza y el aprendizaje; sin ella, no hay posibilidad de acceso a la cultura.

Dos hechos hemos podido constatar en las últimas décadas: por un lado, no se han cumplido las profecías sobre la muerte del libro y del lector; por el otro, la difusión de los medios electrónicos no ha producido el desplazamiento de la práctica lectora: por el contrario, la alfabetización se ha expandido y, dentro de las competencias del lector, hoy se hace necesario agregar la que nos habilita para el uso de los soportes electrónicos.

Un cuello de botella se produce cuando los egresados del Polimodal o la escuela media intentan ingresar a la educación terciaria o universitaria. De manera dramática, quedan entonces en evidencia las graves falencias que los jóvenes poseen en relación con su constitución como lectores. Los discursos cruzados que surgen frente a esta situación tienen en común el gesto de la culpabilización: “Es que hoy por hoy los chicos no leen nada”, “En la escuela no les enseñan”, “La culpa la tiene la televisión”, etc. Así, los dedos acusadores se dirigen siempre hacia el otro: los docentes hacia los padres, los padres hacia los docentes, los docentes hacia el nivel educativo anterior, la universidad hacia el polimodal, todos contra los medios (en eso suele haber consenso).

Es cierto que el fracaso de los jóvenes no tiene una única causa y tampoco debe haber un solo modo de atacar el problema. Sin duda, los planes de lectura, como política gubernamentales, tienen mucho que aportar en este punto. Desde nuestro lugar de trabajo, creemos que hay una instancia que es fundamental para revertir esta situación y se trata de la formación de los mediadores en general y, particularmente, de los docentes y bibliotecarios.

Pero habría que decir algo más sobre la lectura, para no correr el riesgo de reducirla al carácter de pasaporte que nos asegura el éxito en el tránsito de un nivel educativo a otro. Y ese algo más tiene que ver con la función de la lectura en relación con los vínculos con los otros y con nosotros mismos.

Los psicólogos del aprendizaje hablan del vínculo entre la madre y el bebé, y de la importancia de que la madre “enganche” la mirada del niño y la dirija hacia otro objeto. Ese objeto es, en primera instancia, algo que interesa a la madre. Por ende, capturaré el interés del niño. Así empezamos a abrirnos al mundo o el mundo empieza a abrirse para nosotros.

Del mismo modo, sólo la mirada interesada del mediador sobre los libros puede generar el deseo de los más chicos por el texto. Para esto, obviamente, el mediador ha de ser un lector interesado, alguien para quien la lectura ocupa un lugar relevante en su vida, alguien capaz de compartir sus experiencias de lectura con los demás.

Detengámonos a pensar en esa frase del lenguaje popular que caracteriza al lector como una persona “leída”. ¿Qué desplazamiento está operando aquí, cuando se emplea el adjetivo

“leída”/“leído”, que parecería indicar que la persona no es la que lee sino alguien que se deja leer? Tal vez por este camino podamos entrar a la idea de la lectura como algo que hacemos, pero también como algo que nos dejamos hacer. Cuando leemos, a la vez, nos dejamos leer por el texto. Es decir, nos vamos reconociendo en aquello que leemos. El texto nos habla de otros, pero, básicamente, nos habla de nosotros mismos. Por eso, los textos pueden ser iguales, pero las lecturas son todas distintas.

Dice Alberto Manuel, en *Una historia de la lectura*²: *“Por mucho que los lectores hagan suyo un libro, el resultado es que libro y lector se convierten en uno. El mundo, que es un libro, lo devora un lector que es una letra en el texto del mundo; de esa manera se crea una metáfora circular para lo inagotable de la lectura. Somos lo que leemos.”* (p.231)

Elena Stapich